

X

A nadie como á los políticos y á los escritores conviene, de cuando en cuando, descentralizarse. ¡Unos y otros son tan inclinados á creer que es todo el mundo el pequeño mundo que les rodea! Y en el mundo hay más, siempre hay algo más. Sólo alejándonos de nuestro medio, que es alejarnos en parte de nosotros mismos, podemos apreciar el verdadero valor de nuestra obra. Nuestra vida, como nuestra obra, sólo á distancia parecen lo que son en realidad. De aquí la conveniencia de los viajes para políticos y escritores. Al observar cómo nos juzgan los espectadores lejanos, aprendemos á juzgarnos mejor nosotros mismos. Tanto más ganará nuestra conciencia cuanto más castigada quede nuestra vanidad.

Conviene también los viajes para curarnos de nuestra impertinente superioridad

de madrileños. Hay en provincias más reposado ambiente de intelectualidad; el tacto de codos no llevó hasta sus Círculos literarios la complicidad de las admiraciones ó de los odios. Se juzga con menos pasión, porque se sabe más de las obras y menos de las personas. Justo es que desde Madrid correspondamos con nuestra atención y nuestra simpatía á los que trabajan en provincias, con mayor desinterés que en Madrid se trabaja, por un noble ideal de cultura.

Mi saludo al Ateneo de Badajoz que, con sus propios recursos, bien escasos, organiza Exposiciones de pintura, Certámenes literarios, Conferencias científicas y artísticas. Mi saludo á los poetas y escritores premiados en los Juegos florales; sus poesías y sus cuentos en prosa no eran las acostumbradas vulgaridades que tanto han desacreditado estos tradicionales concursos. Luis Bardaje, Antonio Teixeira, Montero, Enrique Segura, son poetas y cuentistas superiores á la flor natural y á los objetos de arte, obligado premio en estos Certámenes.

No vea nadie en mis elogios obligación

del agradecimiento. Es justo pago á la verdad. Mi corazón no paga con tan poco.

* * *

Como casi todo el año, aunque no nos demos cuenta como ahora, hemos estado viiendo en el aire. Nuestra imaginación, de suyo perezosa, aunque tenga, por meridional, fama de lo contrario, ha volado por esta vez siguiendo, y aun adelantándose, al vuelo de los aeroplanos. Como actores, no es cosa lo que nos lucimos en estas emocionantes luchas por la conquista del aire; pero ¡como espectadores!, aquí nos las den todas, en un día de sol, entre buenas mozas y con una buena merienda. Este, éste es nuestro papel: contemplativos y algo escépticos, hasta que llegue el día en que podamos aprovecharnos de lo que otros inventaron y trabajaron para nosotros. ¡Sí, que somos primos! Cuando el invento esté bien perfeccionado y no haya riesgo que temer ni peligros en que aventurarse, el volar será para nosotros un divertido *sport*. Entretanto, bien estamos de espectadores. Nuestro

terreno es la Teología y la Mística, según D. Miguel de Unamuno. Ya es bastante que nos dignemos admirar. ¡Y vaya usted á saber, si de la admiración se quita la bulla del viaje y las buenas mozas y la merienda y la juerguecita, lo que quedaría para el valor de los voladores y el triunfo de sus máquinas! Como decía Cromwell, al ver la multitud agolpada para aclamarle: «La misma gente habría si me llevaran á ahorcar.» No digo yo la misma; pero alguna más sí hubiera acudido, si en estas corridas aéreas no estuviera comprobado que el «hule» suele alcanzar también á los espectadores. Y que, alguna vez, como en París ahora, los viajeros no son de tercera, como, según el comentario de un periódico, lo fueron, afortunadamente, todas las víctimas de un descarrilamiento.

* * *

Como algunos críticos le hubieran acusado de plagario, lamentábase Bernardo Shaw de la triste idea que dichos críticos tenían de la mentalidad inglesa, que, apenas da-

ban con una obra sobresaliente, ya no podían creer que en cerebro inglés hubiera sido concebida. Si de los críticos y del público inglés se quejaba Bernardo Shaw, ¿qué podremos decir en España, donde todo de casa está siempre en entredicho y nadie cree en la capacidad intelectual de nadie, y así andamos todos de acobardados y desconfiados de nuestras propias fuerzas? ¿Quién piensa aquí en acometer empresa alguna si, en vez de alientos y esperanzas, sólo ha de oír el cubrefuego que paraliza su resolución? ¿Qué va á hacer ese hombre? ¿Ha visto usted qué atrevimiento? Y si alguien da con una idea original, todos se preguntarán: ¿De dónde la habrá copiado? Y cualquier atrevimiento parece desvergüenza, y cualquier resolución, osadía y falta de respeto. ¡Admirable país, en que sólo los holgazanes y los ociosos viven tranquilos y respetados!

Pensaba yo todo esto viendo al actor italiano Caravaglia representar *Hamlet*. No es que estuviera mal del todo; pero yo pensaba que se hubiera dicho de un actor nuestro si se hubiera atrevido á una mitad de

las cosas raras y de mal gusto á que el actor extranjero se atreve en la interpretación de la obra de Shakespeare. Y á la mayoría de los espectadores estaba á punto de parecerles todo aquello algo maravilloso y de un soberano arte. Risa para todo el año hubiéramos tenido con uno de casa. ¿No tomamos a broma á Tallaví porque se atrevió á representar *Los espectros*, de Ibsen, después de Zacconi? ¿Era tan gran osadía? ¡ Ah! ¡ Si Tallaví hubiera sido extranjero! Pero nuestros actores no pueden atreverse á nada; los queremos discretos, muy discretos, medrositos y respetuosos siempre: les pedimos que ni se molesten ni nos molesten demasiado; nada de gritos, ni de gestos, ni escenas mudas, ni desplantes; á decir su papelito, y á salir del paso; aquí nos conocemos todos; ya sabemos todos de lo que somos capaces. Los extranjeros, ya es otra cosa; ya pueden atreverse á todo; es otra cosa, sobre que no se entiende lo que dicen si no hacen algo raro...

Y no es que Caravaglia sea un mal actor; al contrario, es demasiado actor; no hay modo con él de olvidarse de que estamos en

el teatro. Pero, la verdad, como Hamlet era algo más que un comediante, y Shakespeare algo más que un autor de teatro... ¡ Oh, la *Cleopatra*, toda humanidad, de Eleonora Duse! ¡ Oh, el *Hamlet* de ensueño de Sarah! ¡ Y cómo el teatro dejaba de ser teatro al encanto de las dos divinas intérpretes de Shakespeare!



XI

Aunque la supresión del impuesto de Consumos en nada favoreciera al contribuyente, aunque sólo cambiara la forma del cobro, ya sería de agradecer y de estimar la supresión. Como hay una Ética, debe haber una Estética en el arte de gobernar, y el impuesto de Consumos no puede negarse que era de lo más antiestético. Ese registro del viajero, que tal vez llega angustiado por tristes preocupaciones, tal vez todo ilusiones y esperanzas, y, como anticipo de hospitalidad, se le ofrece la mirada hosca del vigilante, á quien tampoco hay que culpar demasiado, expuesto siempre á desconfiar cuando menos debiera ó á dejarse engañar cuando mejor le engañan.

Ya se necesita ser conservador para obstinarse en conservar el lindo impuesto. Ojalá pudiera suprimirse tan fácilmente el re-

gistro y el pago en las Aduanas. Todo sería caminar deprisita hacia la civilización. Los dos impuestos, por la forma del cobro, recuerdan la dulce manera con que los señores de horca y cuchillo ponían á contribución, en especie ó en dinero, á todo viandante que pasara por sus dominios. Ya que todo venga á parar en sacarnos el dinero, que se nos saque con buenas formas, que es como ponen á contribución las mujeres, y á ver si hay quien se dé mejor arte para sacar dinero.

Mientras lo mejor de nuestras clases directoras anda preocupado con la supresión de dicho impuesto, y lo más mejor con el Congreso Eucarístico, cuya perentoria necesidad se dejaba sentir desde los comienzos del siglo xx, no sale uno á esparcirse un poco por esas calles que no vea uno, dos, tres... ¿quién puede contarlos? entierros de niños, con sus cajitas blancas, como de juguete, cubiertas de flores algunas, otras muy pobres, sin adorno alguno. Detrás, si el entierro no es de niño rico, van dos ó tres simones; la gente va sin pena. ¡Ángelitos al cielo!

La muerte de los niños sólo es tristeza para los padres, para los más allegados; los demás... ¡pensamos tantas veces lo bien que nos hubiera sido morir apenas nacimos; mejor, no haber nacido! Todo el pesimismo y toda la tristeza de nuestra vida caen, como gran consuelo, sobre esas cajitas blancas, como de juguete; un juguete que nos trajeron por equivocación, y vuelve á su destino.

Y en esas cajitas blancas, como en esas otras grandes cajas, que también tienen algo de ataúd, los barcos de emigrantes, tal vez se va lo mejor de España. No son los fríos del invierno, son las heladas de primavera las que deshojan la flor que había de ser fruto sazonado. Procuremos que nada muera prematuramente. No miremos con indiferencia esos barcos grandes ni esas cajas pequeñas. Miremos en la flor el fruto, y pongamos todos más solicitud, más cariño en defenderla de esos hielos, que son la miseria y la ignorancia de muchos entre la indiferencia de casi todos. Y los menos indiferentes suelen ser de la raza de los poetas, que ni han gobernado nunca el mundo, ni

han conseguido nunca hacerse oír de los que lo gobiernan.

* * *

La representación de *El rey Lear* ha renovado la discusión sobre la teatralidad de las obras de Shakespeare; esto es: si son mejor para leídas que para representadas. Desde muy antiguo, los admiradores literarios de Shakespeare están contra la representación. Carlos Lamb, uno de los mayores idólatras del gran autor, se lamentaba del deplorable efecto que le había producido la representación de este mismo *Rey Lear*, representado ahora en Madrid por Garavaglia. «La figura del rey Lear no cabe en la escena—decía;—sus proporciones son demasiado gigantescas.» Ceguedad de idólatra; porque yo creo que jamás obras dramáticas fueron tan obras de teatro como las de Shakespeare. Lo que hay es que pesa demasiado crítica literaria sobre ellas, y que cualquier auditorio moderno, al juzgarlas, como cualquier actor de nuestros días, al representarlas, se empeña en buscarles, como

suele decirse, tres pies al gato. Las obras de Shakespeare siguen siendo lo que fueron en su tiempo: obras para un público popular, un público de emoción. La literatura apenas tiene que ver con ellas. Los asuntos de todas sus obras son como cuentos populares, á los que no es difícil hallar correspondencia en todos los tiempos y en todos los países. Esta historia del rey Lear, ¿no es el eterno cuento de las tres hijas de un rey; las mayores, perversas, y la menor, dechado de perfecciones; la menor, perseguida por la maldad de sus hermanas, hasta que triunfa, al fin, por el poder de sus virtudes? Tragedia para los corazones más que para las inteligencias. Tragedia que lo mismo comprende el rey que haya dividido sus Estados entre sus hijos, que el pobre labriego que les haya repartido sus tierras y después padezca la ingratitud y el abandono de sus hijos.

En cuanto á la decantada psicología de los personajes de Shakespeare, ¿puede haber nada más sencillo, más infantil? Son los actores los que se empeñan, según frase del mismo Shakespeare, en dorar el oro, en pintar la azucena y en endulzar lo dulce. Acto-

res ingenuos que se limitaran á decir su papel, con la natural emoción en algunos momentos, obtendrán mayor efecto que estos críticos alambicadores actores modernos. La Duse era la sencillez misma en *Cleopatra*, y quien la recuerde en esta obra ¿no cree recordar á la misma reina de Egipto?

La crítica literaria tampoco se ha fijado en *El rey Lear* más que en un solo aspecto del drama: la ingratitud de las dos hijas mayores del rey. Por eso les parece esta tragedia de un pesimismo desolador. Pero adviértase que la ingratitud de las dos hijas del rey Lear es justo castigo de su injusticia al repartir su reino. Como el viejo rey, todos somos alguna vez injustos en nuestra generosidad y en nuestro cariño. Hallamos siempre buenas razones para recompensar á quien nos halaga, y la verdad de un sincero afecto nos parece falta de cariño.

En pocos dramas resplandece la idea de justicia tan alta como en *El rey Lear*. Sólo que la justicia de Shakespeare no es la de un autor de melodramas ó de folletines; no es tampoco justicia de directora de co-

legio que premia con dulces ó estampistas, y castiga privando del recreo; es justicia como la de Dios: la muerte es igual para todos; para todos es igual el dolor. Nuestra conciencia es la que dice que no es igual morir como Regania y Gonerila que morir como Cordelia. Y el que diga «¡qué atrocidad! Todos mueren lo mismo: los buenos y los malos...», ese ni puede comprender á Dios ni puede comprender á Shakespeare.



XII

A la carta abierta que me dirige *Caramanchel* sólo he de contestar que, al referirme á la crítica, tratándose de *El rey Lear*, no me refería á la crítica de actualidad, sino al conjunto de críticas referentes á las obras de Shakespeare. En todas ellas la excepción, por ser excepción, confirma la opinión general, se considera al rey Lear como víctima de sus dos hijas mayores, sin tener para nada en cuenta la desconsiderada conducta del rey con su hija menor, Cordelia. Regania y Gonerila son odiosas; pero es mucho cuento que sobre ellas caiga toda la culpa de las desdichas de su padre. Yo siempre he sentido cierta simpatía por Judas y por Pilatos cuando, en los sermones de Semana Santa, caen sobre ellos, desde esos púlpitos, los mayores improperios y los más terribles anatemas. No puedo por menos de considerar que si

todo lo que sucedió en la Pasión y Muerte de Jesús estaba así ordenado; si Jesús sabía de antemano que Judas había de venderle y Pilatos entregarle al pueblo judío, Judas y Pilatos fueron víctimas del papel que les había tocado en suerte, y no hay para qué insultarlos cuando, sin su intervención, no hubieran podido cumplirse las Escrituras. Y ahí es nada; siendo Escrituras y cosa del pueblo judío, ¿cómo habían de dejar de cumplirse? Buenos son los judíos para no hacer cumplir sus escrituras. Del mismo modo Regania y Gonerila me inspiran compasión en fuerza de verlas tan maldecidas.

En cuanto á que nada nuevo puede decirse de Shakespeare y de sus obras, la crítica universal es buena demostración de lo contrario. Continuamente se publican estudios biográficos y críticos que aportan nuevos é interesantes datos al copioso caudal de la literatura shakespiriana.

Lo del carácter infantil y la sencilla psicología de los personajes de Shakespeare no lo dije como reproche, antes como excelencia de sus obras. Pero ¿hay nada más

sencillo que la psicología de Otello? ¿Nada más infantil que su credulidad ante las burdas maquinaciones de Yago? ¿Hay nada más infantil que la conducta de Yago? Un malvado que nos avisa él mismo de que es un malvado. ¿Hay nada más infantil que Romeo y Julieta? Ni sería bien que fuera de otro modo. El mismo Hamlet, considerado como prototipo de la complejidad psicológica, ¿hay nada más ondulantemente rectilíneo, valga el contrasentido? No soy en nada opuesto, antes muy partidario, de las polémicas literarias, cuando se entablan sin animosidad personal y con la cortesía que *Caramanchel* no olvida nunca aun en sus críticas más apasionadas.

Respecto á Garavaglia, yo sólo quise hacer constar que si un actor español hubiera representado el *Hamlet* tan desdichadamente como el actor italiano, la rechifla hubiera sido soberana. Aparte las mutilaciones y alteraciones del texto, no justificadas por conveniencias escénicas, dígame qué momento de acierto tuvo Garavaglia en toda la obra. Falsa y en oposición con el texto su llegada á las murallas del castillo

de Elsingor, cuando viene á esperar la aparición de su padre. Se presenta poseído ya del mayor espanto, y el texto indica, por lo contrario, que Hamlet, natural ó forzadamente, habla de cosas triviales como para distraer su pensamiento. Con el modo de entender Garavaglia la situación, además de tener que mutilar el texto, el momento de la aparición pierde toda su terrible grandeza.

Además, dado el carácter de Hamlet, que, aun después de ver y de oír al espectro de su padre, duda de la realidad de la aparición, debe llegar á las murallas del castillo creyendo que el espectro no ha de aparecerse; por eso mismo es mayor su espanto al verle aparecer.

Por este orden, pudiera citar caprichosas interpretaciones en cada situación de la obra. Sin duda Garavaglia estudió esta obra más cuidadoso de producir un efecto momentáneo de originalidad, de sugestión sobre el público. Si valiera mi consejo, yo le diría á Garavaglia con toda lealtad que, por algún tiempo, debiera dejar de representar el *Hamlet* y estudiarlo de nuevo,

más atento al texto original que á los efectos teatrales. Así hizo Talma muchas veces cuando creyó haberse equivocado en la interpretación de una obra.

* * *

Si los tiempos fueran de creer en presagios y en agüeros, bien podía dar qué pensar á los mejicanos la espantosa sacudida de terremotos que ha sucedido á la caída de D. Porfirio «Imperator». Quiera Dios, y quieran también los mejicanos, que esos materiales terremotos no sean anuncio de otras sacudidas en el orden público, económico y político de la que fué de nombre gran República y ahora puede serlo de nombre y de hecho. Aun no es llegado el día en que la fiel balanza de la Historia pueda pesar los méritos y las culpas de D. Porfirio. Como todos los grandes tiranos, fué la paz á su hora. Achaque es de todos los tiranos no conocer la hora en que ha de empezar á ser la justicia. Llegan á la suprema dictadura en momentos de pertur-

bación de la conciencia pública; impone el orden, más que su propia fuerza, la misma fuerza del desorden, que ha llegado á ser intolerable, y no aciertan á darse cuenta como Chantecler, de que ellos sólo fueron el gallo que cantó á la hora de salir el sol, pero el sol no estaba sujeto á su quiquiriquí. La eterna historia de todos los tiranos; pero mala maestra debe ser la Historia cuando ninguno aprovecha sus avisos ni sus enseñanzas.

Alguien dirá que Méjico debía alguna gratitud á D. Porfirio, y que los mejicanos acaso debieron respetar su ancianidad, dejándole morir en su sitio. Los mejicanos responderán que también D. Porfirio debió respetar la mayor edad de Méjico. Es error de padres severos creer que los hijos son siempre niños. No aprendemos á calcular por nuestra edad la edad de los que hemos visto nacer. La dictadura había envejecido; el pueblo había dejado de ser niño. Espere-mos que, en pleno uso de su razón, sepa justificar que puede gobernarse por sí solo.

En cuanto á D. Porfirio, bien pueden quedarle muchos años de vida para meditar

en la realidad lo que no supo aprender en la Historia.

* * *

En una casa del mejor tono se celebra una suntuosa fiesta. De pronto, uno de los invitados se acerca al señor de la casa, dando muestras del mayor disgusto.

—Yo no hubiera querido decirle á usted nada; pero es tan horrible... Usted no puede saber quién es todo el mundo; recibe á tanta genta... Pero debe usted saberlo: aquel caballero, al parecer, tan distinguido...

—¿Qué?

—Acaba de quitarme el reloj.

—¿Qué me dice usted? ¿Está usted seguro?

—Sí, señor, sí; lo he visto, no me cabe duda; ha sido él.

—Descuide usted. Tendrá usted su reloj. Voy yo mismo...

—De ningún modo. Yo sólo quería advertirle á usted... pero no le diga usted nada; sería una escena violenta, desagradable.

—Déjeme usted, déjeme usted.

Al poco rato el señor de la casa vuelve y entrega su reloj al invitado; el invitado se deshace en excusas.

—¡Por Dios! Yo deploro... ¡Cuánto siento!... ¡Qué disgusto!... ¿Habría sido una escena horrible?... ¿Qué le ha dicho usted? ¿Qué ha dicho él?... He debido callarme...

Y el señor de la casa, imperturbable:

—No se preocupe usted. Se lo he quitado sin que se enterara.



XIII

Las verbenas, excelente pretexto para que los retrógados del Arte nos cantaran todos los años las gracias de chisperos y majas, han perdido todo carácter popular. El pueblo ya no es nada bullanguero; la misma baja chulería, que nunca debe confundirse con el verdadero pueblo, no está tampoco por exhibirse gratuitamente en romerías y verbenas. El público de estas fiestas, actor y espectador á un tiempo, es el de la última sección de los teatrillos alegres; señoritos todos, que ya es lo único alegre, lo único chulo y lo único castizo que nos va quedando.

Las clases populares ¿quién lo dijera? se han hecho cosmopolitas. Estas fiestas tradicionales no les dicen nada. La aristocracia, como sabe que ya no es querida ni respetada, ni siquiera admirada, por el pueblo, huye de mezclarse con él. Acabaron

las pintorescas aventuras de duquesas y toreros. El señorito es el único que alegra estas fiestas tristes, con la artificial alegría de los teatros y de las novelas; alegría de literatura. ¿Alegría espontánea, verdadera alegría?... Esa alegría es para los pueblos fuertes y ricos, de los que sabemos burlarnos también. Esa alegría sólo es posible cuando se ha trabajado mucho y hemos visto justamente recompensado nuestro trabajo... Pero ¡esta pobre alegría nuestra, es como borrachera de olvido!... Tirar los cinco duros que sobran porque no llegan para nada. Ni con ellos se ha de comer mejor, ni se ha de pagar al casero, ni al sastre... ¿Puede hacerse cosa mejor con ellos que gastarlos en olvidar alegremente? Por eso parece que hay tanto dinero de sobra en España, precisamente porque falta para todo. ¿Qué hago yo con un duro? Tomar un décimo de la lotería. ¿Qué hago yo con dos pesetas? Gastármelas en el teatro... Es lo único que se puede comprar con poco dinero: un poco de ilusión y un poco de olvido. Las realidades son muy caras.

* * *

Aunque él no lo crea, yo siento una gran admiración por D. Miguel de Unamuno. Aquí donde cada escritor ha decidido no leerse más que á sí propio y, salvo el caso de alguna cooperativa de bombos, nos dedicamos á espantarnos el público los unos á los otros, ya puede significar la atención á lo que otros escriben, tanto como en otras partes significa la admiración. Ya es bastante que nos atiendan, aunque sea, como vulgarmente se dice, para hacernos polvo. Lo triste, lo malo es que, casi siempre, los pulverizadores son los que no se han tomado la molestia de leernos. Váyase por los que admiran con el mismo motivo. Entre esos dos viciosos extremos, ha de labrarse penosamente la reputación del escritor en España. Y, en resumidas cuentas, con ser la envidia gran defecto nacional, como aun es mayor la pereza, todavía es más fácil ser admirado que atendido. Conste, de una vez para siempre, que yo atiendo y admiro á D. Miguel de Unamuno.

Acabo de leer su libro último: *Rosario lírico de sonetos*. Bien puede ser que estos sonetos no resistan una lectura pública, ni

los chistosos comentarios de un grupo de amigos... Son para leídos á solas, en intimidad con lo más intenso de nosotros mismos. Como fueron pensados y sentidos, como fueron escritos. ¿Han de ser siempre estimables cualidades de la poesía la dulzura y la suavidad? ¿No ha de haber también poesía amarga y poesía áspera? Si á lo que más puede aspirar la poesía es á llegar á lo más hondo de nuestra alma, ¿no se entrarán más adentro estas asperezas, que las suavidades resbaladizas? Leed el libro: al principio tal vez sonriáis un poco; ya os iréis poniendo serios. Quizás al terminar su lectura no quede un solo dulce verso en vuestra memoria, pero sí más graves pensamientos en vuestra conciencia.

De esta áspera, rocosa calidad, eran los versos de Wordsworth, tan admirado por Unamuno. También su poesía fué donosamente comentada por algunos críticos. *A sonnet is a moment's monument*, definía Rossetti. El soneto es un monumento elevado á la memoria de un instante, pudiera traducirse. No diré yo que todos los monumentos elevados en estos sonetos sean

igualmente admirables; pero sí que todos los instantes del espíritu de D. Miguel de Unamuno tienen un gran valor. Los más grandes poetas no son los que aciertan á contenerse en la más perfecta forma, sino los que no caben en ninguna.

* * *

Vida interna es otro libro de poesías, de Rafael Torromé, autor dramático, á quien nunca perdonará el teatro español desvíos ó desalientos injustificados. Precédele un sabroso prólogo, donde se ponen las cosas muy en su punto respecto a la frondosidad de nuestra poesía lírica, que tan poco tiene de lírica, hasta llegar á tiempos muy cercanos y... aún, aún. Hemos sido siempre muy de exterior, para que la cuerda lírica sonara entre nosotros. En esta misma *Vida interna* de Rafael Torromé, parece, á pesar suyo—y no lo digo como censura,—más el autor dramático que el poeta lírico... No es un lirismo egoísta el suyo, antes muy objetivo; más de tristezas y dolores de todos, que de melancolías cultivadas en un espí-

ritu reconcentrado. Poesía de generosa expansión, poesía á lo Schiller, que también era autor dramático y por eso tampoco fué lírico del todo en sus poesías líricas, con ser tal vez demasiado lírico en sus obras dramáticas. Por fin de cuentas: ¿qué importa esta confusión de géneros? *Vida interna* es un libro de un buen poeta y, lo que más importa, de un poeta bueno.



XIV

La revista *Je Sais Tou* abrió concurso para conceder un premio al más elegante ó al más práctico figurín de traje masculino. El resultado del concurso no ha sido muy brillante. La inventiva, ninguna. En el capítulo de las elegancias, todo es volver á la moda del año 30; en el capítulo del trapillo diario, no salimos de los modelos generalmente adoptados para campo, caza, automóvil, canoa ó aeroplano. De donde se deduce que la moda, tanto femenina como masculina, no es algo caprichoso que puede imponerse por dictadura: es producto de elaboración social; á la que todos contribuimos. Obra de evolución; nunca de revolución. En la moda, más que en nada, se observa el serpenteo, avance y retroceso alternados; que es el andar de la humanidad, según la escuela positivista.

La fantasía de un sastre, el humor de un

dandy, no cambiarán la tendencia niveladora del traje masculino en nuestro tiempo. La aspiración social es la confusión de clases. Va desapareciendo el sombrero de copa, que ha venido á quedar en algo así como prenda de uniforme honorario, para lucirlo sólo en determinadas solemnidades. La levita sigue la suerte de su inseparable aditamento el sombrero de copa. Desaparece también la capa, y el sombrero flexible, intermedio entre la gorrilla y el hongo, iguala al artesano con el artista y al obrero con el empleado.

Por desgracia, la nivelación va también por dentro, y si desnivel hubiere, no está la mayor altura por lo más alto. Es posible que, si os volvéis en la calle al escuchar alguna palabrota, os encontréis con un señorito. El alcoholismo disminuye por días entre las clases populares; en cambio, ¡hay cada manga aristocrática en todas las aristocracias, y en la intelectual las más holgadas! Si hoy viviera Horacio, tendría que rectificar lo de: *pauperum* tabernas.

Mucho preocupa á las clases directoras cualquier huelga de obreros, al fin pasaje-

ra... ¡ Si fueran á preocuparse por la constante huelga de señoritos! ¡ Y quién sabe cuáles son más perturbadores de la vida social! ¡ Y si holgaran sólo los incapaces, los verdaderamente inútiles! Al fin esos no pueden rendir mejor tributo al bien general, que el de consumir lo más pronto posible su hacienda y su vida. Pero ¡ cuánta capacidad, cuántos buenos ingenios malogrados en esa huelga de voluntades pobres con inteligencias ricas! Ciertamente que el ambiente moral en nada favorece ni alienta al luchador; que es tierra la nuestra en que todo se le perdona al ocioso y nada al que trabaja. Pero ese ambiente ¿ es causa, ó efecto? ¿ No sería un lucido *sport*, no tan arriesgado como la aviación, el de sobreponerse á ese ambiente?

* * *

El Congreso Eucarístico va á presentarse muy bien. Esas tramoyas á lo divino requieren mucho gasto. Por fortuna, entre los fieles católicos figura la gente más adi-

nerada. Convendría saber si tienen dinero por haber sido fieles católicos, ó si son fieles católicos porque tienen dinero. Yo no sé si continuará siendo más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos; pero un camello cargado de dinero entra por todas partes. Si el reino de los cielos se gana también por violencia, según textos sagrados, ¿no ha de producir su efecto amenazador, así en la tierra como en el cielo, ese alarde de número y de numerario, ese recuento de fuerzas con que nos asombrarán los buenos católicos? No, no están solitos, como los gallegos del cuento. Aunque el día en que les faltara el dinero puede que no estuvieran tan acompañados. Acaso faltarían los figurantes, parte la más lucida del espectáculo. Nos presentarán sus carrozas de gala, sus automóviles, su servidumbre, hasta sus colonos y sus guardas jurados y tal vez sus pastores, como en Belén. Hay que movilizar todas las fuerzas, como en un día de elecciones reñidas.

¡Pobres ilusos! Con estas aparatosas exhibiciones creen haber puesto el mejor

pararrayos sobre el tinglado social que les cobija. ¡La Fe los salve!

* * *

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

La Exposición de perros y gatos será durante unos días, y desde el punto de vista de los perros y de los gatos, exposición de personas distinguidas. Si los perros y los gatos tienen un poco de imaginación, ¿por qué no han de creer que son ellos los espectadores, y señoras y caballeros los expuestos?—¡Qué amable es toda esta gente!—pensarán tal vez.—Se molestan en venir para que los veamos.

Para el perro y el gato de lujo la sociedad elegante es muy conocida. Los perros y los gatos son los que mejor viven en ella. Los criados lo saben: antes que á los señores hay que tener contentos al perro ó al gato favoritos.

Pero los perrazos de campo ¿qué pensarán de nuestra sociedad? ¿Volverán á sus soledades monteses llevando el germen de una revolución social? En adelante ¿no mirarán con más simpatía al lobo? ¿Y el

día en que los perros se unieran á los lobos?... ¡Bah! Todavía quedarían los pastores, que, aunque dejaran de ser perros, no sabrían ser lobos.



XV

Que el hombre es un animal social, aunque haya muchos insociables, lo sabíamos desde muy antiguo. Tan social, que no satisfecho con formar parte de la sociedad civil que, por nacimiento y consiguiente inscripción en el Registro le corresponde, todavía se desvive por ingresar en otras muchas Sociedades, Círculos, Corporaciones, Cofradías ó Logias; que hay designaciones para todos los gustos. Esta natural tendencia del hombre á la agrupación, parece que debiera facilitar el triunfo del socialismo en breve plazo. Mas ¡ay! una cosa es la Sociedad grande, donde el individuo se encuentra disminuído, y otra esas Sociedades pequeñas, donde cada uno se crece y se refuerza y se envalentona, hasta adquirir un carácter que él mismo no se conocía.

A mi juicio, esto es lo más interesante que puede observarse al paso de una proce-

sión religiosa ó de una manifestación laica: el aire altivo, enérgico, arrogante, con que se nos muestran muchos buenos señores y pobres hombres, conocidos por tales en su vida y costumbres particulares y casi desconocidos en aquella transfiguración procesional. Hay cofrade que, con su cetro en mano ó su cordón de estandarte, su medalla al cuello y su levita cívico-religiosa, parece que desafía al mundo entero, una vez metido en procesión: — ¡Eh! ¿Qué tal?—nos va diciendo á cada solemne paso.—Creo que somos una fuerza.— ¡Habrá que verle en casa, zarandeado por la señora y las niñas, o en la oficina, burro de carga de todos sus compañeros!

Por eso los Gobiernos no deben temer nunca esas manifestaciones colectivas. De cuando en cuando hay que contarse; miedos que se dan valor unos á otros. El peligro está en los que van solos por el mundo. Por fortuna, van quedando pocos. ¡Es tan caro andar solo! ¡Es tan conveniente andar en procesión!

* * *

El demonio lo enreda—no hay nadie más enredador que el demonio.—El primer contragolpe de la supresión de los consumos ha ido á dar sobre las corridas de toros. ¡Ahora que estábamos en pleno renacimiento de la afición, tal vez á consecuencia de cómo anda la afición! Nunca es tan fácil contentar á un público como cuando se contenta con poco. ¡Si Lagartijo y Frascuelo, y Guerra, después, á quien se le denotaba muchas tardes por faenas de las que ahora valen orejas y salidas triunfales; si Fuentes y Machaquito y Bombita, en tiempos más recientes, hubieran gozado de un público tan amable y tan consecuente, como dicen los chulos! No hay duda, las costumbres se dulcifican. Ya es hora de que el público se haga cargo de la dificultad y del riesgo en la lucha con brutos, bravos ó mansos, y no sea tan exigente. Cuatro mantazos, pegadito el torero al costillar del toro, muy abierto de piernas y sacudiendo el trapo como unos zorros, es lo que ahora se llama y se aplaude como verónicas. A que el toro pase por debajo de la muleta, como pasaría por la Puerta de Alcalá, se

llama pase de cabeza á rabo. A cualquier cosa se le llama quiebro y á cualquier estocada volapié. Asistimos, en efecto, á un renacimiento de la afición. Como que los únicos que ya no van á la Plaza son los verdaderos aficionados.

Es que, renacimientos así, son peor que la irrupción de los bárbaros.

* * *

Después de las mudanzas propias, nada hay tan molesto como las mudanzas de los vecinos. Hasta que nuestros simpáticos cuanto suspicaces vecinos los portugueses no se hallen instalados á satisfacción en su nuevo régimen, habrá que conllevar amablemente sus reclamaciones, desconfianzas y alarmas, ante el temor de que se les entre por la vecindad lo que ellos mismos serán los primeros en desear algún día. Pero aun es pronto, y el derecho á la experiencia propia no debe negársele á nadie.

El día en que Portugal comprendiera su verdadero interés nacional, no miraría con recelo á nuestra frontera; borrada queda-

ría de tal modo, que no volviera á saberse dónde empezaba Portugal y dónde acababa España. Cosas son éstas en que el tiempo trabaja más que los hombres. Ni es justo pedir, aunque para bien de todos sea, que ellos sólo sean á enmendar errores que fueron nuestros.

* * *

En rigor, es fuerte cosa para una empresa, aun á cambio de positivas ventajas, exigirle el contrato de determinados artistas, entregándola, así, atada de pies y manos á sus exigencias. Con muy buen acuerdo, el Ayuntamiento se ha limitado á recomendar, sin imposición, el contrato de una primera actriz para la compañía del teatro Español.

Bien están las estrellas y los luceros, y aun los soles; aunque en el cielo teatral es difícil ver una ordenada república de estrellas, como decían los autores del siglo de oro.

Astros de primera magnitud no faltan en la compañía. Todos sabemos lo que vale

Borrás. Los que no lo saben aún, se enterarán de lo que vale Codina. Hay otros actores muy estimados por el público madrileño. Entre las actrices... todas son estrellitas. Alguna hay de quien yo espero mucho, si le dan ocasión y mimbres. No he de nombrarla. El público no la conoce en todo su valor. Téngola por una de las más discretas actrices españolas. ¿Discreta, es poco? ¡Ay, señor; si las eminencias fueran discretas, ya nos contentaríamos! Ser discreto, según va el mundo—diremos, parafraseando á Hamlet,—es como ser elegido uno entre mil.



XVI

Bien mirado, había que agradecer á los franceses el trabajo que se toman por la conquista de Marruecos, como antes se lo tomaron por la de Argelia. De ellos puede decirse: *Sic vos non vobis...* Porque si el verdadero y magno problema de Francia es la disminución constante y progresiva en el nacimiento de ciudadanos franceses, ¿para qué diablos querrá aumentar la extensión de sus territorios?

Si se considera también el espíritu poco aventurero de los franceses, su apego á Francia—dicho sea en honor de ella,—su mal arte para comerciar fuera de su casa, ¿no les vendrá á suceder, después de darse tan malos ratos y de indisponerse, sin necesidad, con estos pobres vecinos y, necesariamente, acaso con otros de más campanillas, que, cuando dueños en absoluto del Imperio marroquí, puedan exclamar: ¡Al

fin, solos!, tan solos sea que, como en Argelia, la agricultura y los oficios vengan á ser de los españoles, y el comercio, como en todo el mundo, de los alemanes? Sin contar con los indígenas, que seguirán reproduciéndose, como si hubieran leído *Fecundidad*, de Zola, que no se escribió para ellos, precisamente. Y, hay que desengañarse, el porvenir será de quien más hijos tenga; aunque sean muy brutos; tiempo habrá de educarlos.

Lo que no sabemos es si es preferible vivir de brutos ó morir de civilizados. Hay quien piensa que lo importante es vivir, aunque se viva mal. Es decir, los brutos no suelen vivir mal; lo desagradable es que no dejan vivir bien á los inteligentes. Entre el contador de las gentes civilizadas y el caño libre de las incultas, siempre llevarán las de perder los civilizados. A mí me asusta pensar que, si á muchas personas de regular posición, se les dijera: ¿Por qué no tiene usted un perro danés en su casa?, la mayor parte contestaría: ¡Hombre! Porque un perro de ese tamaño se come lo menos dos pesetas diarias. Y esos mismos que

tasen la alimentación del perro en lo justo, con la mayor inconsciencia se llenan de hijos, que, por lo visto, cuestan menos de mantener que los perros.

Entre el exceso de previsión á la francesa y la imprevisión de otros pueblos y de otras razas, ¿no habría un buen término medio? La Iglesia católica no sabe de ellos. O aconseja la castidad absoluta ó, una vez en faena matrimonial, cuantos más cristianitos, mejor. La potestad civil también está por que se aumente el número de ciudadanos, sea como sea; todos son buenos, los legítimos y los naturales. Por leyes económicas y por otras muchas leyes restrictivas del matrimonio, se diría que más favorece el nacimiento de los naturales. En cuanto á la Naturaleza, ¡tan maestra, tan sabia! ¡Oh! Ella sabe más que todos.

Recuerdo de una gata que tuvo de una vez siete gatitos. La más vulgar precaución aconsejaba que se le quitaran tres ó cuatro, por lo menos. Pero, ¡eran todos tan lindos y traían tantas ganas de vivir! Y ¡era tan cruel sentirse Providencia y decidir entre unos y otros!

Alguien dijo:—¿Por qué no dejarlos todos? Por algo han nacido. No hay que enmendar á la Naturaleza.

A los ocho días todos los gatitos habían muerto y la madre también, extenuada. En efecto; no hay que enmendar á la Naturaleza; ella sola se basta para enmendarse.

* * *

¡Oh, mi querida y amable lectora! Al protestar contra alguna ligera broma que me he permitido alrededor del Congreso Eucarístico, me dice usted que, hablar mal de la Religión, no es de buen gusto. No lo crea usted, según como se habla. Además, conozco demasiado esa tecla del buen gusto, para saber lo que significa tocada por ustedes. Y, si por no tomarles á ustedes en serio, he de pasar por persona de mal gusto, desde ahora me declaro cursi y hasta ordinario, como ustedes prefieran. Ya sé yo que esto del descreimiento no está muy bien visto, ni le coloca á uno en sociedad, como en otros tiempos, cuando los descreídos se llamaban Voltaire y Federico el

Grande, y las más bellas y nobles damas se prendían graciosamente con un tanto de volterianismo.

Pero nada tema usted; las bromas ligeras de las cuatro personas de mal gusto que nos las permitimos, poniéndonos á mal con nuestros intereses, no perturban en lo más mínimo el espíritu de los creyentes.

Al que más y al que menos le va un sueldo ó una prebenda. ¡Valladar inexpugnable contra la duda!

Pero, ¡son ustedes de tanto cuidado y conviene tanto no perderles de vista! Ahora mismo, entre el furor de sus preces, ¿no han deslizado ustedes, mansamente, no sé que proposiciones de leyes, derechamente torcidas, como todas sus intenciones, contra la libertad de la Prensa y la libre emisión del pensamiento?

¡Si que son ustedes para dejarles de la mano!

En los asuntos mismos de Marruecos: ¿no convendría poner en claro hasta dónde el interés patriótico y dónde empiezan otros intereses de algunas Ordenes religiosas, que, como Calipso, de la partida de Ulises,

no pueden consolarse de la pérdida de las Filipinas, y acaso sueñan con que les conquistemos otras para su particular disfrute? Y eso no, mi querida y amable lectora; sea lo que podamos obtener ó conquistar en Marruecos, del soldado, del agricultor, del comerciante, del doctor Maestre, que bien se lo habrá ganado y otros lo gobernarían peor... Pero nada de frailes, en comunidad ni sueltos. Una cosa es continuar la Historia y otra repetirla.



XVII

Aquella *Theroigne de Mericourt*, intrépida amazona de la Revolución francesa, que, á consecuencia de una formidable azotina, administrada en público y á lo pajadero, se volvió loca de remate, bien parece un símbolo de lo que años después y por muy parecidos motivos había de sucederle á Francia.

¡Lástima de nación! Desde que, para desgracia de todo el mundo latino, fué derrotada por Alemania, apenas ha vuelto á dar señales de juicio. Ella, la encantadora, la atractiva, la adorable, se tornó hosca y atrabiliaria. Nos entristeció la vida con una literatura y un arte, que en futuras historias literarias se llamará de la derrota. Su delirio persecutorio tuvo su crisis aguda y terrible en aquel asunto Dreyfus, aun palpitante con el nombre de cuestión judía. ¿No es una pena ver renovarse, en la na-

ción que debía ser faro del mundo civilizado, cuestiones de la Edad Media, y en la moderna, patrimonio de pueblos atrasados como Rusia? Con la inquietud y el malestar de su derrota, con el dolor de su mermado territorio, la nación que fué siempre más generosamente romántica en su política, á última hora y en plena República democrática se vé atacada de furia conquistadora y pone en juego artimañas y habilidades políticas, desacreditadas ya en todo el mundo, hasta en Inglaterra. Por fortuna, ya va siendo verdad práctica y practicada, que la honradez es la mejor política. *Honesty is the best policy*, que han dicho siempre los ingleses, por si los demás gustaban de practicarlo. Pero en estos últimos tiempos hay que convenir en que no son los ingleses los que se creen llamados á intervenir para poner orden en los desórdenes interiores de cualquier pueblo.

Y ahora, la conducta de Francia con España, ¿puede justificarse de ningún modo? Eramos buenos para tapadera de codicias; somos un estorbo á la hora en que se des-tapan. Mal corresponde, mal ha correspon-

dido siempre Francia á nuestra debilidad por ella. Porque lo cierto es que nunca hemos podido odiarla; hemos sido con ella como esos enamorados de poco carácter, más rendidos á una mujer cuanto más lo desprecia y más se burla de ellos.

Hasta cuando hemos peleado con ella no hemos dejado de admirarla, y nuestro odio se personalizaba en los soberanos ó en los ministros, dejando siempre á salvo nuestra invencible simpatía por la nación francesa. Durante la guerra de la Independencia, la más nacional de cuantas sostuvimos contra Francia, el odio popular se fijaba sobre Napoleón y á él sólo se hacía responsable de la injusta guerra.

Hoy tampoco, aunque no haya un Napoleón en quien fijarse, no queremos ni podemos suponer que es toda Francia nuestra enemiga. Preferimos culpar á unos cuantos políticos, á unos cuantos periódicos, á una parte del organismo, irritada todavía por la funesta derrota, impaciente de glorias y desquites, vengan por donde vengan y sea como sea. Involuntariamente fuimos ocasión ó pretexto para el desastre. Quizás

no nos lo han perdonado todavía, aunque parece que lo hayan olvidado muy pronto.

* * *

Los más terribles desengaños proceden casi siempre del desconocimiento de la realidad. En la supresión de los Consumos debimos limitarnos á considerar su aspecto estético y nada más. Todos los procedimientos para extraer dinero, como para extraer muelas, son desagradables, pero aquél lo era sobremanera, y aunque algunos aristocráticos escritores opinan que sólo habían de padecer sus molestias matuteros y gente de poco más ó menos, sólo el verlo ya era repugnante; había de salir más caro cualquier otro impuesto y podía darse por bien empleado. Pero hay quien no se conforma con este aspecto artístico y aspiraba ¡loca ceguedad! á un abaratamiento rápido y simultáneo de las subsistencias. ¡Qué desconocimiento del corazón humano en general y de los provēedores en particular!

En todo lo referente á subsistencias, los madrileños estaremos destinados de por

vida al papel de víctimas en las aplaudidas obras de repertorio *La corte de los venenos* y *Robo y envenenamiento*.

Sobre todo, el inocente y parvulillo boquerón ha causado más estragos en estos días que un espantable cetáceo ó aquella mitológica serpiente de mar, tan socorrida como noticia de los veranos del antiguo régimen. De la leche no hablemos, porque es antigua enemiga nuestra, y yo creo que la que produce los cólicos es la poca expendida en buenas condiciones, por la falta de costumbre. Cada madrileño llevamos un Mitridates en esto de irnos haciendo día por día á ingerir toda clase de tósigos.

* * *

No sé hasta qué punto la pasión de partido podrá influir en los encomios ó en las censuras á la obra *Carlos II y su corte*, cuyo primer tomo acaba de publicar D. Gabriel Maura y Gamazo. Muy lamentable sería que la pasión interviniera al juzgarla, ocultando al público el verdadero mérito de la obra, haciendo creer á unos y á otros que

se trataba de una obra *toda conservadora*. El autor es de los que merecen no pertenecer á ningún partido. En pocos libros de historia parecerá menos el amigo de Platón antes que de la verdad, sin que peque tampoco de esa glacial indiferencia que tan mal sienta en todo arte, aunque este arte sea el de historiar, más cercano á la ciencia.

Bien dice, sobre la noble serenidad del historiador, la simpática emoción del artista. Buena muestra es la descripción del bautizo del príncipe Carlos, modelo de narración histórica y poética al mismo tiempo.

Lo que no comprendemos es, cómo después de leer cualquier libro de historia, hay quien suspira y vuelve los ojos á cualquier tiempo pasado. A ese no le daría mayor castigo que decirle: ¿En qué siglo, en qué época de las pasadas hubiera usted querido vivir? Y cuando hubiera elegido, poderle decir: ¿Sí? Pues va usted á vivir ocho días en ella, nada más que ocho días, y luego, vuelva usted á contarme cómo le ha ido.

XVIII

Si ya es difícil en esta brega literaria agradar á los amigos y complacer á los más halagados en sus ideas ó sentimientos ó vanidades por lo que uno escribe, ¿qué puede uno esperar de los enemigos y de los mortificados?

Dije que las Comunidades religiosas acaso buscaban en Marruecos otras Filipinas, y hay quien muy indignado protesta, diciéndome que nunca las Comunidades han sido tan respetadas en Filipinas y en toda América como ahora, desde que allí no tenemos arte ni parte en el material dominio. No lo dudo, que Ordenes y Comunidades religiosas fueron siempre de condición de gato; ni yo dije que por ellas se hubiera perdido nada; pero, en fin, se perdió con ellas y todo. Por eso creo que, llegado el caso de conquistar nuevos territorios, vale la pena de ensayar si nos iría mejor sin